

MARCELO COCCINO<sup>1</sup>

## LOS TRENES DEL TIEMPO

*El sol se mantuvo inmóvil en medio del cielo  
y dejó de correr hacia el poniente casi un día entero.*

Josué 10:11-14

Cuando las persianas puntuales de los comercios terminaron de desenrollarse, volvió a oírse el silencio sofocante de las calles. Era la hora en que el verano ablanda la brea de las calles –los niños que alguna vez la usaron para dibujar sus nombres lo saben. ¿El año? No podría precisarlo; soy un hombre viejo que ha perdido bastante la noción del tiempo. Recuerdo, tal vez sirva esto de referencia, que en aquel entonces pasaban por el pueblo apenas dos trenes por semana; lo recuerdo pues yendo más atrás en el tiempo, hasta los días de mi niñez, siendo día martes, al ruido metálico de las persianas le habría seguido la bocina lejana de la locomotora. Ese martes, de pararse en medio de la calle, uno habría percibido primero los deliciosos aromas del almuerzo que competían en el aire asfixiante del mediodía; luego, habría visto cómo grupos diversos de trabajadores empapados en sudor se apresuraban hacia sus hogares, guareciéndose desesperados en las pequeñas sombras geométricas que las casas proyectan en las veredas o en relativa frescura de los pocos árboles que a

<sup>1</sup> Traductor Literario y Técnico-Científico en inglés y Licenciado en Traducción por la Universidad Nacional de Rosario. Además de ejercer su profesión de manera independiente, dicta las cátedras de Estilística y Traducción Literaria en varios institutos terciarios de la ciudad de Rosario. Este cuento pertenece al libro *Los trenes del tiempo*, recientemente publicado.

esa hora ofrecen un resguardo digno. Pero si de percibir con los oídos hablamos, no se habrían escuchado bocinas; tampoco otros sonidos, o quizás (porque así ocurre en vísperas de Navidad en casi todas partes, llueva o truene, que es una manera de decir, válida incluso para los días como éste en los que el sol abrasa) el estruendo desprevenido de algún petardo, como el que procuraban encender aquellos tres niños frente a la nieve intacta y los renos impávidos de un mural publicitario de gaseosas.

—Estoy harta de las fiestas; habrá necesidad de gastar plata en ruido —rezongó Amelia Cardo y salió a reprender a los niños. Es que en La Estación, los ancianos (también los perros) que por cierto amplía mayoría son, nunca lograron acostumbrarse a estas explosiones inesperadas.

—No les da vergüenza. Ya son horas de que se vayan a almorzar o sus madres no cocinan —les dijo Amelia, a los gritos.

Alejo Gaidón, que había observado atento toda la escena desde la vereda de enfrente, sintió la necesidad de intervenir. Habría sido extraño que no lo hiciera.

—Niños, guarden algún cohete para Navidad; faltan tres días. Ahora, hagan el favor de ir a sus casas a comer —les dijo y los niños no demoraron en hacerle caso—. Amelia —continuó Gaidón, que ahora preparaba una broma para calmar a la señora—, jugar con fuego y pólvora tiene que ser inofensivo —miró el cielo, pero el sol cenital lo obligó a bajar la vista— si es cierto que quien nos creó estaba jugando con barro —apuntó el dedo índice hacia arriba y rió con la ronquera de un camión al que le cuesta arrancar.

—Gaidón —respondió Amelia, incisiva—, usted debería estar ocupándose de su trabajo en la gomería y no sentado bajo ese paraíso, como si alguien le hubiera encargado vigilar lo que sucede en este pueblo.

Como demostración de lo ardua que le había resultado la mañana y de lo mucho que había trajinado con cubiertas, cámaras y llantas, Gaidón bien podría haberse explayado, no le hubiese costado, en una defensa que incluyera detalles sobre cada uno de los numerosos autos que habían desfilado por el taller desde bien temprano, incluido el del presidente comunal (era esto último tan atípico como la cantidad), pero procuró evitar la confrontación.

—Prefiero el *paraíso* al calor *infern*al de la chapa, Amelia; ahora que puedo decidir —fue la respuesta cordial de Gaidón. Amelia se dio por vencida: soltó la arrugada sonrisa que reprimían sus labios y entró a su casa sin añadir palabra.

Alejo Gaidón no era hasta ese día un hombre cuya vida mereciera siquiera la atención mínima de un biógrafo o un par de fechas y tres renglones en la *G* de una enciclopedia: no esperaba suceder ni había sucedido a nadie en el trono, no deslumbraba por su opulencia o por algún descubrimiento, y tampoco su cara infestaba los canales de la televisión o las páginas de las revistas. Gaidón trabajaba en una gomería; en la gomería de un pueblo remoto, y más allá de los límites de La Estación, así funcionan las cosas, nadie conocía su nombre. Pienso que de haber muerto Gaidón horas antes de aquel caluroso día de verano, su nombre, su rostro y su vida se habrían perdido en menos de dos generaciones entre las lápidas olvidadas de algún cementerio. Hoy en cambio circulan por el mundo más de cinco libros renombrados, de escritores unos, de historiadores otros, en los que aparece, aunque de manera injustamente tangencial, el nombre de Alejo Gaidón; sorprende de estos libros, y aquí es donde quería llegar, que, entre tanta página escrita, a este hombre se le dediquen tan escasas líneas. Gaidón no ocupa, ni siquiera en algunas versiones no autorizadas de la historia, el lugar que le corresponde. Mi propósito es reivindicar a este hombre: Gaidón fue protagonista.

En que Alejo Gaidón trabajaba en una gomería coinciden (y tal vez sea éste uno de los pocos puntos en los que así sucede) todos los libros que se han escrito sobre el tema. Gaidón era de esos hombres a los que el oficio les labra el cuerpo y los hace rústicos. Andaba siempre despreocupado por su apariencia, con la ropa ajada y sucia, como si cada diez minutos se revolcara en una mezcla de barro y aceite; era de esos hombres sobre los que la gente extremadamente pulcra llega a pensar, aunque no sin equivocación, que no han rozado el agua en la vida porque exhiben las uñas negras y los pliegues de las manos negros y hasta la blanca barba negra, ya sea en la faena o en la fiesta.

Y en la gomería Gaidón era empleado y dueño —no había clientela estable para dos—, y a veces más (o menos) una cosa que la otra. Las chanzas en las que su rango en el taller alternaba según conveniencia formaban parte de su inventario de muletillas. No faltaba charla, porque el hombre adoraba las bromas, en la que no afloraran de sus labios frases evasivas del estilo *hablá con mi patrón*, cuando

se le pedía un trabajo urgente por ejemplo o en las que no retrucara con *viste qué buen empleado tengo* cuando se lo felicitaba por una reparación que a primeras luces se veía indescifrable.

La gomería en la que pasaba casi todo el día ya sea esperando o emparchando cubiertas, tan acribilladas algunas que los remiendos debían ser remendados, no sólo tenía una buena vista hacia la casa de Amelia Cardo, como ya se ha corroborado, sino que se encontraba ubicada (a esta aptitud debía el negocio su supervivencia) muy cerca del camino de tierra que llevaba más rápido hasta Ciudad Leicam, donde se producía el mayor porcentaje de accidentes con clavos. Quedaba sólo esta gomería en el pueblo, pero que fuera la única no quiere decir que el Alejo tuviera intenciones monopolísticas; quiere decir que la época de esplendor, donde había dos, tres o más negocios para cada rubro, formaba parte de un pasado lejano que con suerte asomaba en algunas conversaciones.

Te acordás de *Goodwheell*, solían incitar a Gaidón entre mate y mate para que volviera a contar la historia. Es que hacía muchos años, en la época en la que los trenes eran cosa de todos los días, abrían en el pueblo negocios nuevos cada semana. Al llegar un lunes de sus vacaciones en el río, Gaidón se llevó una sorpresa enorme como su cuerpo cuando descubrió que habían inaugurado a media cuadra de su taller otra gomería; allí, en el terreno que parecía destinado a ser eterno baldío, habían levantado una construcción muy prolija y plantado un cartel luminoso en el que podía leerse *Goodwheell*. ¿Tres no serán demasiado?, le preguntó una tarde su colega Rafildo Sosa. Eso no es una gomería, Rafildo. Y no lo dijo sólo porque habían adornado con insípidos paisajes de países desconocidos esa porción que gentilmente ceden las telarañas en el rugoso revoque –casi como un pacto de convivencia–, para que el gomero cuelgue la foto semidesnuda de la voluptuosa mujer del momento. Lo dijo porque todo daba aspecto de circo. A vos te parece que hayan colocado ese engendro de caucho justo en dirección al paraíso donde descanso las siestas, insistía Alejo. Gaidón se refería a un muñeco inflable que movía los brazos como si reclamara un lugar central en el escudo de armas de los comerciantes modernos y cuyos gestos pasaban de la gracia al pavor según el aire que recibía de un pequeño motor. Para coronar el malestar de Gaidón, al segundo día plantaron en la vereda un letrero que expresaba en pocas palabras la disponibilidad infinita del nuevo negocio: *Abierto las 24 horas*.

Eso no es una gomería, repetía Gaidón. Tanto alboroto para arreglar una cubierta. A modo de contraataque, Gaidón hizo al día siguiente un precario letrado de chapa que decía *Abierto las 48 horas del día*. La sofisticada empresa foránea terminó yéndose por donde vino, al poco tiempo, no porque que Gaidón fuera tras esta afirmación beneficiado por un tiempo distinto al gregoriano, sino cuando descubrieron al dueño, a plena madrugada, tirando clavos en la ruta. De todos modos, la condena social tan sólo precipitó el destierro. La pretenciosa gomería, con o sin *La noche de los clavos*, habría terminado en la ruina o huyendo, años más tarde, como el hotel, el banco, los comercios, los jóvenes.

Décadas después ya no habría en La Estación prosperidad ni competencia o, como suele decirse figuradamente, un abanico de posibilidades del que pudieran los pobladores escoger; sospecho que, si alguien hubiera usado tal metáfora en esos tiempos desprovistos de variedad, todos la habrían tomado por ingeniosa u original, además de innecesaria. Así que, salvo para aquellos a los que no los apremiaba la urgencia ni el dinero y podían permitirse el viaje a Ciudad Leicam, con suerte existía una única escuela a la que todos iban a instruirse, un único odontólogo al que todos confiaban sus muelas, un único abogado al que todos iban a asesorarse, una única gomería a la que todos recurrían a reparar sus cubiertas. Que no hubiera alternativas y que todos tuvieran que caer indefectiblemente en esta singularidad, tomada la palabra en todos su sentidos, no quita que la gente no emitiera juicio o tuviera mala opinión formada sobre los oficios y los profesionales que los ponían en práctica. Del plomero decían: maldice sin censura mientras repara las canillas, es claramente una artimaña comercial para encarecer el costo de sus servicios. Del médico nuevo opinaban que hasta ahora no eran tantos los que había mandado al otro mundo, pero había que ocultar para que no murieran (de ser posible bajo tierra) las botellas de vino bueno antes de las visitas a domicilio. Y del albañil que su casa era el muestrario de cerámicos y mosaicos de los que se había apropiado cuando construyó todas las demás.

Gaidón, en cambio, salvo por su cuestionada suciedad, era uno de los pocos seres que se salvaban de desprestigio tan tajante. Su compleja personalidad por momentos parecía escapar a todo entendimiento, pero el idioma y la gente que suele sentirse a gusto con las distinciones entre blancos y negros, había restringido su naturaleza intrincada a tres calificativos: *honrado*, *inteligente* y *bromista*, virtu-

des que sumadas, y considerando los otros juicios de valor, se acercaban mucho a la perfección. Por supuesto que unos pocos vecinos renegaban de tanto blanco (nadie puede ser perfecto en este mundo): decían que, además de su mal aspecto, Gaidón era *lento* y que su boca se movía más que sus manos, es decir que estos críticos padecían este mismo mal que le reprochaban. En algún momento, tal vez porque llamaba la atención que quien parecía ser el menos creyente de los hombres de la tierra se reuniera casi todas las noches a charlar con el sacerdote, alguien en el pueblo deslizó que Gaidón debía pertenecer a una logia, pero ya todos lo han olvidado.

La mañana calurosa del día en que cambió todo, Gaidón había llegado (lo trajeron) al taller varias horas antes del intercambio con Amelia; para ser más preciso, a las siete de la mañana golpearon a la puerta de su casa. Nada menos que Ártico Díaz, el flamante presidente comunal, lo había mandado a buscar con un mensajero, como si se tratara, por la hora y el apuro, de una cuestión de estado, porque Gaidón tan temprano no habría venido por propia voluntad y menos por temas menores: tenía la inquebrantable convicción de que no valía la pena abrir con el sol. Son nulas las probabilidades de pisar un clavo a esa hora, decía. Y en este caso tenía razón. El presidente no se había topado con un clavo a la hora en que despunta el alba: su auto ya había amanecido con una cubierta en llanta y el mandatario necesitaba viajar de urgencia a la capital.

—Mire que usted tiene mala suerte, presidente —le comentó con exasperante tranquilidad—; de haber andado en un pajar esto sería una aguja —prosiguió, mientras analizaba el diminuto clavo frente al agua inquieta de la batea. Mi taller —señaló la perforación en la cubierta— depende del encuentro azaroso entre el metal y el caucho —dijo y continuó entusiasmado hablando sobre los tipos de clavos y tornillos que abundaban en la zona, ante la mirada casi desconsolada del intendente que pensaba sólo en que le arreglara la cubierta para emprender de una vez su viaje.

El compresor de aire pareció haber oído los deseos del funcionario y arrancó. Gaidón prefirió callar a gritar, como si en ese lugar se venerara el ruido de los motores. El presidente agradeció al cielo que así fuera; aprovechó la tregua que le ofrecía el aparato molesto, que no sin dificultad inflaba su pulmón de hierro, para salir de esa construcción asfixiante a respirar un poco. Desgañitándose y otro poco con la ayuda de las manos, Díaz logró comunicarle al gomero la excusa

de que debía acomodar unos papeles y se dirigió hasta el auto que esperaba al borde de la calle, como quien huye disimulando que huye. Pero a medida que se alejaba, caía en la cuenta de que cometía dos errores: primero, caminaba hacia el silencio, territorio apto para que su interlocutor volviera a desplegar sus insaciable deseo de hablar y, segundo, Gaidón no demoraría tanto en seguirlo, porque la cubierta, no había muchas alternativas, debía volver al lugar de donde el gome-ro la había sacado.

Al cabo de unos minutos se cumplió la premonición. Ártico Díaz levantó la vista de la guantera y lamentó ver que Gaidón venía hacia el auto haciendo rodar la cubierta ya arreglada.

—Tienen que hacer algo urgente con los trenes —retomó Gaidón, agachado frente al hueco circular que había quedado en el lateral del auto, como si el hierro desnudo donde habría de encas-trar la cubierta le hubiera traído de repente la imagen de una rueda de tren.

—No tiene sentido, Alejo; no depende de nosotros —le respon-dió el presidente, que sabía que el tema de los trenes surgiría.

En ese momento, a Gaidón le molestó que el presidente lo llama-ra por su nombre.

—¿Cómo que no tiene sentido? El pueblo se está muriendo —continuó, y ya esas palabras no tenían el tono amigable con que se había iniciado la conversación.

—Sólo nos queda rezar —dijo Díaz.

—Vamos camino a desaparecer de la faz de la tierra y ¿sólo nos queda rezar? —replicó Gaidón con enojo en la voz.

—Si Dios quiere que el destino de este pueblo sea morir, tenemos que aceptarlo —agregó Díaz, palmeándole el hombro. Gaidón giró el cuello. Díaz escondió la mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Y sus promesas? Usted se cansó de repetir que cumpliría cada una de las promesas hechas por Justamente; ¿o ya no lo recuer-da? —le reprochó Gaidón. Díaz pudo advertir la furia en los ojos rojos del gome-ro.

—También nos aseguró que lo haría por la memoria de Irigoitía, sabe lo que significa eso para mí —dijo Gaidón y se puso de pie. Ahora daba la sensación, por la altura de Gaidón, de que era Díaz quien estaba agachado.

—Y nosotros confiamos en usted —le recordó Gaidón incisivo.

—A vos no deberían preocuparte los trenes; sos gomero después de todo —respondió Díaz, temerario, y esbozó una mueca, con la que intentó recuperar el tono jocoso de la charla.

—Pero al parecer me preocupan mucho más que a vos, porque me preocupa el pueblo —le dijo Gaidón amenazante, ya sin nada de respeto, con la llave cruz en la mano.

Díaz entendió que Gaidón pretendía golpearlo y se persignó. Que el más creyente de los fieles se santiguara frente a una cruz sostenida por el más ateo de los mortales produjo una escena que todo director de cine querría filmar. Gaidón lo miró extrañado, giró nuevamente hacia la rueda, se arrodilló y con la misma bronca que ajustó las tuercas, le dijo a Díaz que no lo quería ver más por el taller.

Todo este tiempo Gaidón había supuesto (y supuso mal) que Ártico Díaz —así lo demostraba el fervor que ponía el presidente en cada palabra de su discurso, el optimismo que contagiaba en sus actos, la pasión que irradiaban sus ojos cuando le hablaban del pueblo— lejos estaba de haber abandonado las esperanzas. Pero todo este tiempo Díaz había simulado. Ya había dado por muerto al pueblo. Gaidón se sabía a bordo de un barco averiado, pero sintió de repente que su capitán había aceptado el naufragio antes de que éste ocurriera, y que mientras el agua le tapaba las rodillas a Díaz, él giraba el timón con prestancia y una sonrisa sin rumbo en los labios.

Ese mediodía Gaidón se refugió del sol abrasador bajo el paraíso. Mientras devoraba unos panes y algo de fiambre intentaba sacudirse la amargura que le habían provocado las palabras mezquinas de Díaz. A lo lejos deambulaban unos niños. Salió del refugio de sombra sólo cuando explotó el petardo, para calmar la cólera de Amelia y mandar a los chicos a su casa. Luego, el cansancio, el calor y la mordera que viene con la digestión lo tiraron al catre, y durmió y soñó tanto que le pareció que había dormido un siglo.

En el sueño, Gaidón impedía que una mano enorme aplastara a una oruga gris, que avanzaba indefensa por el marco de una ventana; lo extraño de esta oruga era que, como los carritos de las montañas rusas, ascendía el riel vertical de la ventana y luego se arrastraba patas para arriba por el lado superior del marco hasta completar el perímetro del rectángulo. Gaidón reía como un niño, mientras contemplaba la lenta acrobacia del insecto y los cristales que devolvían el césped de un jardín y un lejano pedazo de cielo. De repente el césped del vidrio se tornaba campo verde y la oruga gris (en una metamorfosis no



tan insólita si pensamos en las mariposas de la vigilia) se convertía en tren, y recorría feliz —porque ésa es la palabra— paisajes verdes, amarillos y ocres durante años, deteniéndose en muchos pueblos, donde la gente se amontonaba para abordarlo, hasta que su andar de pronto se hacía inconstante, torpe, como si la mano (o al menos un dedo de esa mano) hubiera logrado dañar al pequeño tren. Alargándose y encogiéndose, avanzaba ahora, olvidando pueblos o ingresando a otros donde nadie esperaba en el andén. Deshabitadas estaban casi todas las casas; de otras salían ancianos con bastones. El párroco Feliciano Gómez le decía con una voz lejana cuánto demorará el tiempo *en devorarlo todo* (tal vez porque anoche habían estado discurrendo largas horas sobre el estado de las cosas). El tren marchaba al revés ahora, como si quisiera volver en el tiempo, pero descarrilaba, ajustaba sus ruedas en los rieles y volvía a descarrilar. Se detenía en La Estación, bajaba un empresario (los viejos lo adulaban) que ofrecía dinero a cambio del pueblo y Ártico Díaz aceptaba vender todo. Llegaban ingenieros y arquitectos y albañiles desconocidos que unían con pasillos y túneles las casas, todas. ¿Qué van a hacer?, les preguntaba Gaidón. El más grande de los asilos de ancianos, respondía el empresario. En tren, aunque en un sueño podría ser de otro modo, enviaba a La Estación a todos los viejos del mundo; luego, construían altos muros y cercaban el pueblo. El tren giraba en círculos ahora, como las agujas de un reloj; Gaidón se sacudía en la cabina de la locomotora, intentaba dirigirlo hacia los muros y hacerlos añicos para liberar a su gente, pero el tren viraba siempre a centímetros de la pared y nunca lograba impactar.

Una mano evitó que en uno de esos giros bruscos Gaidón se cayera del catre. Era Horacio Pecino. ¿Qué hora es?, preguntó Gaidón, atontado. Tres y media. Gaidón desconfió del reloj de Pecino. Te necesitan en los silos por las correas, le comunicó Horacio. Gaidón solía hacer changas para la cerealera. Medio dormido, gruñendo, subió a la camioneta. La camioneta aceleró. Gaidón miraba el conocido paisaje con los ojos ausentes. Aún seguía pensando en el sueño. Después de todo, es afán de la vigilia descifrarlos. Sonaba un chamamé en la radio. *No tenés guaina Gorosito, mirá la que decía que no*. Pecino acompañaba con un silbo. A lo lejos comenzaron a divisarse las estructuras de chapa. El calor que desprendían las chapas empañaba el aire sobre los conos de los silos y los techos convexos de los galpones. Pudo ver a la distancia, como se ve un espejismo en el desierto, la

silueta inverosímil de un tren cargando. Pensó que el sueño lo seguía perturbando, pero cuando llegaron se alegró. El tren era real. Es como viajar al pasado, pensó. Pocos trenes pasaban pero menos aún se detenían a cargar. Se quedó contemplando, obnubilado, como cuando era un niño, el cereal cayendo dentro de los vagones. Y de pronto, allí donde caía el cereal, vio lo que otros en el agua. Lo deslumbró algo de lo que nunca antes se había percatado. Vio el tiempo. Adoró la imagen del cereal cayendo como la arena de los relojes. Lo apuraron por las correas.

Esa tarde no volvió a la gomería; le pidió a Pecino que lo alcanzara hasta la sacristía. Ofelia López, la hermana de Feliciano, que regaba con esmero la entrada, no se sorprendió al verlo. Feliciano está confesando, Alejo, dijo ella sin detener su labor, porque la tierra y el viento norte no daban descanso. Hoy no vas a tener suerte, continuó. Los pecados de esas viudas pueden esperar, Ofelia, bromeó Gaidón, secándose con la manga la transpiración de su frente, y se alejó hacia la puerta azul de la fachada.

Ocho señoras hacían fila frente al confesionario. No tendrán algo más interesante que hacer, pensó Gaidón.

—¿Qué estará haciendo ese hombre acá? —dijo la primera señora, que se había dado vuelta tras escuchar los pasos.

—Tiene que haber matado a alguien —bromeó la segunda.

—Tal vez hoy se caiga el techo —se anticipó a las palabras de la tercera, Gaidón, que por el silencio sepulcral y esa acústica celestial de las iglesias había oído todo.

Se aproximó sigiloso hasta la fila de pecados y, sin demasiados preámbulos, les dijo:

—Lo que yo debo confesarle a Feliciano es grave. Tiene que ver con una muerte.

Ante este comentario, se apartaron las mujeres por la relativa insignificancia de sus desobediencias. “Acaba de matar a un cristiano, te lo dije”, “tiene los ojos vidriosos”, decían (porque adoraban todas exagerar) mientras veían avanzar a Gaidón compungido (eso vieron), llenas de sorpresa y compasión, pero más de curiosidad por saber el nombre de la víctima, la forma de la muerte, los pormenores del hecho. Se arrodilló Gaidón, giró el cuello y les clavó los ojos como lo hacen los perros malos. Las señoras retrocedieron un poco, y otro poco más con la segunda mirada. Todo aquel que debe una muerte es de temer. Entonces, habló Gaidón con voz bien baja.

—Tenemos que cercar el pueblo —dijo Gaidón a través de los agujeros en la madera.

—¿Qué hacés acá, Alejo? —respondió Feliciano al reconocer de inmediato la voz.

—El tiempo no fluye igual para todos.

—Ésa no es una confesión, Alejo; es una obviedad.

—No dejo de pensar en Gabaón.

—¿Qué?

—No dejo de pensar en Gabaón.

—Y viniste a *detener* las confesiones.

—No, vine porque pienso que podemos detener el tiempo.

—¿De qué hablás? ¿Podrías ser menos abstracto?

—Mejor aún, podemos tener nuestro propio tiempo.

—¡Te volviste loco!

—Tenemos que apartarnos del tiempo del mundo.

La exaltación no sólo había llevado a Gaidón a cometer la imprudencia de darles mil motivos de habladurías a las señoras más comunicativas del pueblo, sino que además le impedía expresarse con claridad. Feliciano trató de serenarlo y de a poco comenzó el gomero a hablarle del cereal que había visto cayendo como la arena, de su sueño sobre los trenes y de cómo podían devolverle los días de dicha al pueblo, esa felicidad pasada, compartida, sobre la que tanto hablaban cada vez que se reunían por las noches.

—Las ciudades más prósperas son ficciones —dijo Gaidón, que sabía mucho del mundo por las enciclopedias nada más. Venecia, Las Vegas, Buenos Aires, y podría continuar —siguió Gaidón— ésa es nuestra única alternativa, convertirnos en una ficción.

—No te entiendo —respondió Feliciano.

—Los trenes tienen que volver a ser el centro de nuestro universo —retomó Gaidón—. Siempre han marcado el pulso de nuestro pueblo. Las vías serán lentas órbitas y sólo cuando pase un tren por nuestra estación, cambiaremos los días en nuestros almanaques. El progresivo retraso (porque exagerando tal vez son dos, o menos, los trenes que pasan por semana) —comentó Gaidón con entusiasmo—, traerá la prosperidad. Seremos la ficción que todos querrán visitar. Seguiremos usando los mismos nombres para los días y para los meses, sólo por costumbre y para que quienes defienden la aburrida pretensión científica de corresponderse con el girar de los planetas no nos molesten tanto, pero estará el tiempo gregoriano subordinado al girar

de los trenes. Los trenes del tiempo... suspiró Gaidón, imaginando cómo sería todo. Acá es lento, mucho más lento el transcurrir de los días que en el resto del mundo y nada más categórico que eso para tener nuestra manera propia de medir el tiempo –concluyó.

El padre tuvo la sensación de estar escuchando la más desca-bellada de las profecías, o el peor de los pecados por cometer y, peor aún, el que suponía, por la llamativa presencia de Gaidón allí en la iglesia, que él mismo tendría que ayudar cometer. Ante el silencio de su amigo, Gaidón sólo dijo:

—Espero que me ayudes, que ayudes a tu pueblo; *tu voz, no la mía, es autoridad*. El presidente Díaz, me lo confió hoy, no piensa hacer nada para salvarnos. Es ahora o nunca.

Luego, se incorporó, miró a las señoras, que seguían obser-vándolo desbordadas de curiosidad y también de miedo, y se fue sin emitir palabra.

En la misa navideña, Feliciano habló muy poco de Jesús. En el sermón se concentró (y esto provocó al principio bastante desconcier-to) en aquel pasaje bíblico en el que Dios detiene el sol sobre Gabaón con el fin de favorecer así la victoria de un pueblo en la guerra. Sutil siempre en sus transiciones, habló de los tiempos que aquejaban a La Estación y, con lágrimas de nostalgia en los ojos, se refirió a los trenes. Luego, vino lo que dejó a todos boquiabiertos: He entablado un diálogo con Dios cuyas palabras siempre sabias permitirán salvar a nuestro pueblo, comenzó Feliciano. Dios ha querido, dijo Feliciano frente a la muchedumbre conmovida, que nuestros días se prolonguen, como alguna vez quiso que se prolongue el día en Gabaón. Dios quiere nuestra victoria. Esbozó luego la propuesta que había oído en su confesionario de boca de Gaidón unas tardes antes, pero que ya no le pertenecía a un hombre; era ahora, en las palabras del padre, un mandato de salvación que el mismo Dios le había confiado. El pulso del tiempo, continuó, lo marcará el corazón que ha dado vida a este pueblo: el pulso del tiempo lo marcará de ahora en más nuestro tren, exclamó Feliciano eufórico. Es palabra de Dios.

Ártico Díaz, que ocupaba el primer banco de la iglesia, tuvo la sensación de estar en verdad escuchando a Dios; asintió todo el tiempo, incluso cuando el sacerdote criticó el estado ruinoso del pueblo.

Dos días después, un referendo ratificó la propuesta de manera contundente.

A nadie nunca le importó lo que pasara en La Estación, por ignoto, por insignificante, y porque estaba destinado a morir. No llamó la atención entonces que el primer día del nuevo año, en la plaza central, como debe hacerse cada vez que hay algo trascendental que comunicar, Ártico Díaz anunciara orgulloso las novedosas reglamentaciones y leyes que por entonces cobraron vigencia en La Estación. Me limitaré a reproducir algunos de los fragmentos que rigen desde entonces el nuevo transcurrir del pueblo: “los días y los meses mantendrán sus nombres pero habrán de cambiar de ahora en más, junto con los años, en el perímetro de las cincuenta cuadras que constituyen la localidad de La Estación, conforme el paso de los trenes; es decir que transcurrirá una semana sólo cuando siete trenes traspasen la estación de nuestro pueblo”; “el paso de un tren, independientemente de la hora a la que llegue, coincidirá en los almanaques con el cambio de día”; “la población podrá emplear bienes u objetos o realizar prácticas que pertenezcan al otro tiempo sólo cuando alcancemos en nuestros almanaques la fecha en la que en el otro mundo dichos bienes, objetos o prácticas comenzaron a utilizarse...”; “quien se atreva a introducir objetos de una época futura antes de tiempo será penado con cinco años de cárcel...”; “se levantarán alambradas en el perímetro de nuestro territorio...”; “detener, acelerar o demorar un tren, que será de ahora en más lo mismo que jugar con el tiempo, se considerará una afrenta a Dios y a nuestras buenas costumbres, y será penado con el peor de los castigos”.

Hoy La Estación lleva veinte años de próspero retraso. Como corresponde a los hechos revolucionarios, Díaz un año antes de morir (hace de esto muchísimos trenes), no sabemos si con la intención egoísta de que la memoria lo asociara a lo que él denominó *gesta* o el propósito abnegado de fortalecer la conquista, encargó bordar una bandera bastante ingeniosa y componer un himno exagerado. En la bandera puede verse un tren diminuto que asoma lento a lo lejos por el hueco de esos árboles y ramas que suelen invadir el espacio sobre las vías y que la misma máquina y los vagones con su paso van tallando; si mira uno con atención descubrirá en las piedras que preservan los durmientes y en las ramas de los árboles cuatro números romanos que imitan la disposición de los puntos cardinales en una brújula; los rieles acaban en las puntas que acaban las flechas, como si hubiesen trocado en manecillas y confieren a todo el dibujo la silueta inconfundible de un reloj. Del himno transcribo una estrofa:

[...]

*Así fue como con el tiempo  
nos alejamos del tiempo del mundo,  
nos volvimos un pueblo mundial.  
Muchos años llevamos de beneficioso atraso,  
años y años de inciertos días  
que nos alejaron del ocaso.*

[...]

El himno es exagerado, pero no miente. El pueblo se ha vuelto un pueblo de turistas. Más son los extraños que los conocidos, anota el escritor Neftalí Basoalto en *Biografía de un Calendario*. Y lo raro es que estos hombres y mujeres de maneras de hablar nunca antes oídas creen (o muy bien simulan creer) que en verdad han viajado en el tiempo. Llegan y se cambian la ropa, mueven las fechas en sus modernos relojes (que, por ahora, al igual que las cámaras fotográficas, están permitidos), sonríen cuando entran en algún almacén o en alguna casa y ven que los viejos almanaques señalan un día que para ellos transcurrió varios años en el pasado. Disfrutan de la música, de las costumbres, de la manera de vivir, del atraso de La Estación. Bueno, en realidad, todo es extraño, no sólo los turistas. Viajar desde La Estación hasta Ciudad Leicam, por ejemplo, supone viajar veinte años hacia el futuro, pero no es tan fácil conseguir los permisos. En La Estación, las personas de cuarenta años están tan viejas que apenas pueden caminar; hay problemas con las edades, la edad de ingreso a las escuelas, la mayoría de edad, la edad jubilatoria; los días son largos: algunos superan por mucho las cuarenta y ocho horas del día que Gaidón supo anotar a modo de broma en el cartel de su gomería. Los años, interminables. Mientras el mundo conoce nuevos avances, el pueblo se niega a aceptarlos; se rige, como ya expresé, tan sólo por el año que se le antoje marcar a los trenes en los almanaques. Pero la economía anda bien y eso es lo que importa. La Estación, creo, transcurre como esa ficción que soñaba Gaidón. Hay detractores, como no habría de haberlos, y no son pocos. De hecho, esta historia constituye una difamación. Para la gente de La Estación y para los historiadores y escritores que han dedicado libros a este tema, Gaidón nunca estuvo en la iglesia en los días previos: Feliciano habló con Dios. Aunque ya no me queda mucho de vida, no revelaré mi nombre. Son obvias las razones. ¿Qué será del pueblo? Más que nunca, sólo el tiempo dirá.